María, La Madre de Dios

SERIE CONSTRUYENDO LA IGLESIA DOMÉSTICA

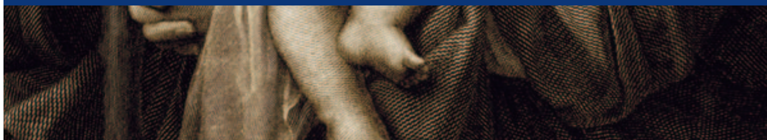






Construyendo Iglesia Doméstica

Mientras Fortalecemos Nuestras Parroquias



"La familia como iglesia doméstica es primordial para la obra de la nueva evangelización y para la futura sostenibilidad de nuestras parroquias."

– Pasado Caballero Supremo Carl Anderson

Caballeros de Colón presenta
Serie Construyendo la Iglesia Doméstica

María,
La Madre de Dios

Editor General
Padre Juan-Diego Brunetta, O.P.
Servicio de Información Católica
Consejo Supremo de los Caballeros de Colón

Imprimatur
Joseph Cardenal Ritter
Arzobispo de Saint Louis

Derechos de Autor © 2007-2023 del Consejo Supremo de los Caballeros de Colón. Todos los derechos reservados.

Portada: Raphael, *Virgen con el Niño Entronizados y Santos*, c. 1504, Museo Metropolitano de Arte de Nueva York, Nueva York

Ninguna porción de este libro podrá ser reproducida o transmitida en alguna forma o por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación o por banco de información y sistema de restauración, sin permiso escrito de la casa publicadora. Escriba a:

Catholic Information Service
Knights of Columbus Supreme Council
PO Box 1971
New Haven, CT 06521-1971

www.kofc.org/sic
cis@kofc.org
203-752-4267
800-735-4605 fax

Impreso en los Estados Unidos de América

CONTENIDO

MARÍA, LA MADRE DE DIOS 1
CRISTO ES DIOS 2
CRISTO ES HOMBRE 4
LA ESENCIA DEL CRISTIANISMO 5
EL NUEVO TESTAMENTO TIENE SENTIDO 6
NACIDO DE UNA MUJER 7

LA VIRGEN MARÍA 9
EL PLAN DE DIOS PARA MARÍA 10
MADRE DE UN HIJO DIVINO 12
UN ACONTECIMIENTO MILAGROSO 13

HE AQUÍ A TU MADRE 16
LA IGLESIA INTERPRETA LA BIBLIA 17
EVA Y MARÍA 18
EL PUNTO DE VISTA DE LOS PRIMEROS CRISTIANOS . . 20
EL PAPEL DE EVA Y EL DE MARÍA 21
EL CONSENTIMIENTO DE MARÍA 22
MARÍA, NUESTRA MADRE 23

CONCEBIDA SIN PECADO 25
INMACULADA CONCEPCIÓN 26
LA VICTORIA PROMETIDA 27
REVERENCIA DE LOS PRIMEROS CRISTIANOS 28
RAZONES PARA LA SANTIDAD DE MARÍA 30

LA ASUNCIÓN DE MARÍA 31
MARÍA SE SOMETE AL SUFRIMIENTO Y LA MUERTE 32
TRIUNFO DEL NUEVO ADÁN 33
LA ASUNCIÓN DE MARÍA 34

MATERNIDAD ESPIRITUAL DE MARÍA 38

María, La Madre de Dios

Allá para el año A.D. 429 en la ciudad de Constantinopla se predicó un sermón. El predicador dijo: “Que nadie llame a María la madre de Dios. María fue una mujer y una mujer no puede dar a luz a Dios”. Estas extrañas palabras causaron considerable conmoción entre el pueblo de Constantinopla, especialmente cuando esa doctrina fue sostenida por un hombre llamado Nestorio – su obispo. Él se negaba a llamar a María la madre de Dios porque él no creía que Dios y Jesucristo fueran la misma y única persona. Él sostenía que eran dos personas distintas, maravillosamente unidas, sin duda, pero tan distintas que Cristo, el hombre, comenzó a existir cuando nació de María, mientras que Dios ha existido por toda la eternidad. Por mucho que glorificara la intimidad de la unión entre Cristo el hombre y Dios, para Nestorio eran dos personas diferentes. María era la madre de un hombre, un simple hombre.

Todo esto sonaba extraño a los oídos de los católicos de entonces, al igual que sucedería hoy. Causó una profunda confusión en la fe cristiana del pueblo. Por eso, para enfrentar la emergencia, dos años más tarde, los obispos de la Iglesia Católica reunidos en sínodo en la ciudad de Éfeso, aclararon a todo el mundo lo que hasta entonces había sido la fe de los cristianos que les precedieron, y lo que sería la fe de los cristianos de ahí en adelante. “Jesucristo es verdaderamente Dios”, declararon, “y consecuentemente la Santísima Virgen es la madre de Dios, puesto que ella dio a luz en la carne al Verbo de Dios hecho carne, de acuerdo con lo escrito: ‘el Verbo se hizo carne’”. Para los cristianos, no debe haber más dudas.

Era evidente entonces, y lo es hoy, que la trampa en la que caen inevitablemente los que se niegan a llamar a María Madre de Dios es la división de Cristo – la disolución de Cristo en algo como “Jesús-hombre” y “Jesús-Dios” – el “Jesús celestial” y el “Jesús terrenal”. Y

de acuerdo con el apóstol Juan, “todo espíritu que no confiesa a Jesús, no es de Dios” (1 Juan 4, 3). Consciente o inconscientemente, deberán convertirlo en un ser humano si insisten en que María era la madre de un mero hombre.

La respuesta a la pregunta “¿Era María la Madre de Dios?” se encuentra en la pregunta “¿Quién y qué era Jesucristo? “Las dos preguntas son tan inseparables como lo son María y su Hijo. La respuesta católica ha sido siempre clara y consistente, tanto con las exigencias del razonamiento recto como con los hechos que se encuentran en el Nuevo Testamento.

CRISTO ES DIOS

¿Cuáles son estos hechos? Se pueden exponer brevemente de la siguiente forma: El Nuevo Testamento habla de Jesucristo como Dios y expresamente lo llama Dios. De igual modo habla de él como un hombre verdadero y lo llama hombre. El significado obvio es que él era una persona divina que poseía la naturaleza de Dios y la naturaleza del hombre. No es que la naturaleza de Dios se hiciera humana o que la naturaleza del hombre se hiciera divina. Permanecieron distintas, pero en él estaban unidas porque las poseía una misma persona, Jesucristo.

No es difícil o irrelevante verificar estos hechos en las Escrituras. A Jesucristo expresamente lo llaman “Dios” en diversos pasajes. Después de su resurrección, cuando se les apareció a sus apóstoles y reprochó a Tomás su incredulidad por falta de fe: “Tomás le contestó: ‘Señor mío y Dios mío’” (Juan 20, 28). Es evidente que Tomás quiso proclamar su fe no solo en la resurrección de Cristo de entre los muertos, sino también en la divinidad de su persona, cuya prueba definitiva fue la resurrección . En este sentido, Jesús le replicó: “Porque has visto, Tomás, has creído; bienaventurados los que sin haber visto, han creído”.

En sus epístolas a Tito (2, 12), San Pablo llanamente llama a Cristo Dios cuando insta a los cristianos a vivir “con sensatez, justicia y

piedad en el siglo presente, aguardando la feliz esperanza y la Manifestación de la gloria del gran Dios y Salvador, nuestro Jesucristo; el cual se entregó por nosotros a fin de rescatarnos de toda iniquidad". Se debe señalar que él no está hablando de dos personas diferentes sino que habla únicamente de Cristo, quien es tanto nuestro "gran Dios" como nuestro "Salvador".

El apóstol Juan fue absolutamente claro cuando escribió: "Pero sabemos que el Hijo de Dios ha venido y nos ha dado la inteligencia para que conozcamos al Verdadero. Nosotros estamos en el Verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el Dios verdadero y la Vida eterna" (1 Juan 5, 20).

No ha habido declaración más explícita que las palabras de San Pablo refiriéndose a Cristo como "el cual está por encima de todas las cosas, Dios bendito por los siglos" (Romanos 9, 5).

Pero las Escrituras no sólo llaman Dios a Jesucristo, sino que también le otorgan características que solo Dios puede poseer y lo presenta ejecutando actos que sólo serían posibles para Dios. Esos pasajes son tan numerosos que sólo mencionaremos algunos de los más obvios. Sólo Dios es omnipotente y sólo Él, por su omnipotencia, puede crear. Sin embargo, hablando de Cristo, San Pablo pudo decir: "porque en Él fueron creadas todas las cosas" (Colosenses 1, 16). Y "un sólo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas" (1 Corintios 8, 6). Y San Juan escribió: "Sin Él no se hizo nada de cuanto existe" (Juan 1, 3).

Sólo Dios es eterno, sin embargo, Cristo mismo proclamó haber existido antes que Abraham, quien vivió y murió siglos antes de haber nacido el Salvador (Juan 8, 58). Él incluso proclamó haber existido antes que el mundo mismo (Juan 17, 6).

No debe sorprendernos por lo tanto, que Cristo exigiera que los hombres le rindieran el honor que sólo se debe a Dios (Juan 5, 22) y que Él hiciera promesas que sólo Dios puede cumplir: "Si me pedís algo en mi nombre, yo lo haré" (Juan 14, 14).

No es nuestra intención aquí multiplicar pasajes del Nuevo Testamento que sirven para establecer y confirmar el hecho de que Jesucristo era verdaderamente Dios.

CRISTO ES HOMBRE

El Nuevo Testamento es igualmente enfático al asegurar otro hecho. Jesucristo era tan hombre cualquiera. Se relata en detalle la historia de su vida y de su interacción con otras personas. Después de su resurrección, cuando se encontró con sus seguidores, los retó: "¿Por qué os turbáis, y por qué se suscitan dudas en vuestro corazón? Mirad mis manos y mis pies; soy yo mismo. Palpadme y ved que un espíritu no tiene carne y hueso como veis que yo tengo' y, diciendo esto, les mostró las manos y los pies...y comió delante de ellos" (Lucas 24, 38-43). Estas son las palabras de quien había sido crucificado, que había vivido, comido y dormido con ellos, que había trabajado en Nazaret, y que había sido colocado en un pesebre cuando era bebé. Él usó el argumento más simple y convincente posible. "Ustedes no dudaron que yo era un hombre real durante los años que vivimos juntos. No duden ahora, porque ver y sentir es creer".

Sólo quienes están dispuestos a socavar toda la historia verdadera niegan que Jesucristo, el hombre histórico, fuera una persona real. Pero las mismas fuentes que justifican el reconocimiento de Jesús como un hombre histórico real, también justifican el reconocimiento de Jesús como una persona divina con todos los atributos de Dios.

De las Escrituras aprendemos – "El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros...el Verbo era Dios" y el Verbo era Jesucristo; "la gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo, pues de su plenitud hemos recibido todos" (Juan 1, 1-18).

Refiriéndose a Jesucristo, San Pablo hablaba de Él como "el cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como

hombre; y se humilló a sí mismo... hasta la muerte y muerte de cruz" (Filipenses 2, 6-8). ¡Ahí lo tienen! Aquel que era Dios por razón de su naturaleza divina, se hizo hombre tomando para sí la naturaleza humana.

LA ESENCIA DEL CRISTIANISMO

¿Existe algún indicio de que el Nuevo Testamento hable de un Jesús-Dios que fuera distinto de un Jesús-hombre, o de que María fuera la madre de un Jesús y que fuéramos redimidos por otro?

Cuando respondemos a la pregunta "¿Quién era el Hijo de María?" y basamos nuestra respuesta en lo que nos dicen las Escrituras, sólo hay una respuesta posible. Él era una persona divina que poseía la naturaleza de Dios y la naturaleza del hombre. Sus dos naturalezas con sus poderes característicos no lo convierten en dos personas diferentes. Él es Jesucristo, el Eterno Hijo de Dios, verdadero Dios y verdadero hombre. Este es el hecho de la Encarnación.

Es el hecho central del cristianismo. Es la verdad básica, la esencia misma del Credo cristiano. Los cristianos han estado hablando de esto por siglos y pronto se dieron cuenta de que cuando usamos el lenguaje humano al hablar de Jesucristo, debemos usarlo con cautela e interpretarlo con cuidado.

Dios – una persona divina – tomó para sí un cuerpo humano con la misma estructura y funciones del cuerpo humano que cada uno de nosotros conoce tan bien. Él tomó para sí un alma humana, una mente humana, sentimientos y emociones humanas, iguales a aquellos con los que fuimos dotados al nacer. Y no por ello dejó de ser Dios, cuya naturaleza es enteramente espiritual, dentro de la cual no entra nada corporal, cuya voluntad es omnipotente, cuya mente es omnisciente, y cuya vida no tuvo principio y no tendrá fin. Las Escrituras simplemente dicen: "El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros" (Juan 1, 14).

Alcanzamos a captar el impresionante significado de este hecho cuando pensamos que todo lo que es verdadero de Dios y todo lo que es verdadero del hombre es verdadero de esta persona única, Jesucristo. Lo que sea verdadero de su naturaleza divina y lo que sea verdadero de su naturaleza humana deberá ser afirmado de Él, Jesucristo. Él es infinito, omnipotente, omnisciente y eterno. Y es igualmente cierto que Él es mortal, físicamente limitado, capaz de fatiga y dolor, sujeto al crecimiento en estatura corporal y conocimiento humano.

Esto no significa que la naturaleza divina se tornara humana o que la mente infalible de Dios se tornara falible o que la naturaleza inmortal de Dios ahora esté sujeta a la muerte. Lo divino de ninguna forma cambió a humano. Pero sí significa que una persona divina poseía la naturaleza humana y, si el lenguaje humano ha de expresar la verdad, todo lo que Le sucedió en su naturaleza humana deberá afirmarse verdaderamente de Él.

EL NUEVO TESTAMENTO TIENE SENTIDO

Con esto en mente, podemos empezar a ver que lo que podría parecer contradictorio en ciertos pasajes del Nuevo Testamento verdaderamente tiene sentido. Por supuesto, Cristo dijo de sí mismo en una ocasión: “porque el Padre es más grande que yo” (Juan 14, 28), y en otra ocasión: “Yo y el Padre somos uno” (Juan 10, 30). Debido a su naturaleza humana, Él estaba verdaderamente sujeto a Dios y podía rezarle al Padre Celestial de todos. Y debido a la misma naturaleza divina que ambos, Él y el Padre poseen, Él es igual al Padre y uno con Él.

Debido a la fragilidad de la naturaleza humana, Él pudo sudar sangre ante la perspectiva de su muerte; y debido a la omnipotencia de su naturaleza divina, podía resucitar a los muertos con una palabra.

Por lo tanto, el apóstol Pedro no dijo nada absurdo cuando acusó al pueblo: “y matasteis al Jefe que lleva a la Vida” (Hechos 3, 15). Tampoco estaba San Pablo profiriendo un absurdo cuando escribió

sobre aquellos que “crucificaron al Señor de la Gloria” (1 Corintios 2,8). Ellos crucificaron y mataron a Jesucristo, quien fue el Autor de la vida, el Creador inmortal, de acuerdo con su naturaleza divina, pero que pudo morir en su naturaleza humana mortal.

Debería ser obvio, entonces, que, si no fue absurdo que Pedro, refiriéndose a Jesucristo, hablara de quienes mataron al Autor de la vida – Dios –, tampoco es absurdo hablar de Jesucristo diciendo: “Dios fue circuncidado”; “Dios se perdió de sus padres”; “Dios creció en sabiduría y estatura”; “Dios estaba cansado y durmió”.

NACIDO DE UNA MUJER

Aun menos absurdo fue San Pablo cuando relató la venida de Cristo, el Redentor, con estas palabras: “Pero al llegar a la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley” (Gálatas 4, 4). El Hijo de Dios nació de una mujer. El Verbo, que era Dios, se hizo hombre y habitó entre nosotros naciendo de una mujer. El Señor, que era Dios, y que nos redimió muriendo en la cruz, nació de una mujer. La mujer era María, madre del Verbo, madre de Dios.

Muchos, sin embargo, que hablan sin problemas de María como la madre de Jesús, dudan en llamarla madre de Dios. No entienden el verdadero significado de la Encarnación. No existe una buena razón por la cual una persona divina, Jesucristo, que es un hombre de verdad, no pudiera ser concebido y nacido de acuerdo con su naturaleza humana. Eso no significaría que su madre, como una especie de diosa, diera existencia a su naturaleza divina. Mucho menos significaría que como madre de una persona divina, ella existiera antes que Él. Cristo proclamó que él existía antes de que naciera Abraham. Como Dios, Él era eterno; como hombre, Él comenzó su vida humana al ser concebido en María. María no existió antes que Dios, pero existía antes de que Dios tomara la naturaleza humana en su vientre.

Si no es absurdo que la persona divina, Jesucristo, debiera su vida humana a María como su madre, no es absurdo que la relación del padre de ella con Él fuera la de un abuelo. ¿Tuvo Dios un abuelo? Sin la referencia a Jesucristo, esta pregunta es sencillamente absurda. Pero refiriéndose a Jesucristo, la contestación afirmativa es una verdad indudable.

La Virgen María

Algunas personas no son capaces de admitir que María era verdaderamente la madre de Dios porque no se dan cuenta de que no carecía de ninguna de sus funciones maternales al concebir y dar a luz a Jesucristo. Como su hijo, Él le debía a ella tanto como cualquier hijo le debe a su madre.

Su relación maternal con Cristo fue una relación real de persona a persona, una relación sanguínea puesto que Cristo era un miembro de su familia, su nación y de toda la raza humana.

“Pero nos dicen que ella permaneció virgen”, dirán algunos. “De seguro que si ella no perdió su virginidad al concebir a Cristo, ella no era su madre en el sentido ordinario de la palabra”.

Deberá recordarse que la forma en que María concibió a Cristo es una cosa y el hecho de que ella verdaderamente lo haya concebido es otra. La ausencia de un padre humano en la concepción de Cristo da cuenta de que su virginidad permaneciera intacta, pero la realidad de su rol maternal al concebirlo no se afectó con eso. Un examen cuidadoso de los hechos según los relata el primer capítulo del Evangelio de San Lucas corroborará esto.

Existen muchos detalles significativos en la historia de la visita del ángel a María, cuando ella dio su consentimiento para ser la madre del Salvador. Para el propósito que nos atañe, sólo nos centraremos en los hechos esenciales de la Encarnación.

Debe observarse que es Dios el que desempeña el papel principal en la historia. El ángel Gabriel no es más que un mensajero de Dios. “Fue enviado por Dios el ángel Gabriel...a una virgen desposada con un hombre llamado José...el nombre de la virgen era María” (Lucas 1, 26-28). Es comprensible que una humilde doncella como María estuviera confundida y llena de asombro por el honor y reverencia que mostró el mensajero de Dios al saludarla como “bendita entre las

mujeres”. ¿Por qué era ella digna de tal reverencia? Se da la razón al instante: “Vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús” (Lucas 1, 31) (Dios que salva), un nombre que indica la obra de su vida, “porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mateo 1, 21).

EL PLAN DE DIOS PARA MARÍA

El ángel proclamó cosas grandiosas y gloriosas del hijo que nacería de ella, pero esto no preocupó a María. Ella sencillamente creyó y las aceptó como el designio de Dios. Su inquietud no fue ¿puede hacerse esto? sino “¿cómo sucederá esto ya que yo no conozco varón?” Esta respuesta tiene más contenido que lo que aparece a primera vista.

Ella estaba desposada con José y su desposorio significaba el intercambio de votos matrimoniales. De no haber habido nada fuera de lo usual en su desposorio, de no haber ella resuelto mantener su virginidad, el mensaje del ángel habría indicado que ella cooperaría con los designios de Dios de la manera natural y de este modo se convertiría en madre. Y sin embargo, ella, una virgen desposada, manifestó en efecto que aun el plan de Dios en lo que a ella concernía no podría efectuarse por medio de una relación sexual con un hombre.

El ángel superó esta dificultad explicándole al instante que la concepción de Jesús no ocurriría por una relación con un varón, sino por el poder de Dios. Como virgen y con su virginidad intacta, ella concebiría y se convertiría en madre.

Cuando desapareció su preocupación sobre su preciada virginidad, ella consintió sencillamente y de todo corazón, y el ángel se fue con su misión cumplida. El Verbo se hizo hombre y habitó entre nosotros. La Encarnación se había llevado a cabo. Cuando ella dijo: “Hágase en mí según tu palabra”, el Hijo de Dios se encarnó en su vientre.

Durante este extraordinario acontecimiento, según lo narra Lucas, evidentemente con información que obtuvo de la misma María, no se hace mención de José, su esposo. De hecho, tanto el ángel como María explícitamente excluyen toda intervención de varón. En la narración de Mateo se indica explícitamente que Jesús no era hijo de José.

Los dos hechos importantes e innegables que sobresalen en la narrativa del Evangelio son la concepción del Hijo de Dios en María y el hecho de que ella mantiene su virginidad. Consideremos primero el principio de la maternidad de María cuando ella contrajo por primera vez la relación maternal de persona a persona con el Hijo de Dios.

Es un principio universal admitido que una mujer se llama legítimamente madre del niño que ella concibe. El primer acto de su rol maternal es proveer, por medio de sus órganos femeninos, el óvulo capaz de desarrollarse en un cuerpo humano. Esto solo no la hace madre, sólo madre potencial. El óvulo no es una persona humana.

Se requiere asimismo la función paternal de proveer la semilla que fecunda el óvulo. Pero el proceso de fecundación por sí solo no causa que el óvulo se convierta en una persona humana. Ni la función maternal ni la función paternal tienen la posibilidad de transmitir el alma espiritual sin la cual no hay naturaleza humana o persona humana.

En el proceso natural y normal de la reproducción humana, cuando se unen la función maternal y la paternal, Dios crea simultáneamente el alma humana que le da vida al óvulo fecundado en el vientre de la madre y de ese modo es concebida una persona humana. Esta es siempre una naturaleza humana individual, una persona que posee la naturaleza humana.

No importa que la mujer no tome parte en la producción del elemento espiritual (directamente creado por Dios) de la naturaleza humana de la persona que ella concibe. Basta conque ella haya aportado la sustancia corporal que forma parte de la constitución de

la naturaleza humana que posee la persona, para que legítimamente adquiera el título de madre.

MADRE DE UN HIJO DIVINO

El angel pudo saludar a María como “bendita entre las mujeres” por el maravilloso título que sería de ella cuando concibiera a Jesucristo. Ella no era únicamente la madre de un hijo, sino la madre de un Hijo divino. El óvulo que ella aportó fue milagrosamente fecundado en su vientre por el poder de Dios. Simultáneamente, la naturaleza humana, compuesta de cuerpo y alma, comenzó a existir y fue poseída por el Hijo de Dios que la hizo suya. María se convirtió en su madre cuando el alma humana de Cristo le dio vida a su cuerpo embrionario y en ese instante Él comenzó su vida humana en su vientre. Esto ocurrió cuando ella consintió al mensaje de Dios traído por el ángel y, por consiguiente, ella tenía todo el derecho de ser llamada la madre de Dios.

Por mucha imaginación que uno tenga, debería ser evidente que la maternidad de María no tuvo nada que ver con la “producción de Dios”. La idea misma es inherentemente absurda: La independencia absoluta del Ser Supremo elimina cualquier “producción” en lo que a Él concierne. Pero María pudo darle a la persona divina, que se hizo hombre en su vientre, la carne humana que lo convirtió a Él en una criatura nacida de ella. Por lo tanto, ella contrajo con Él una relación de persona a persona, una relación de sangre, idéntica a la que existe entre toda madre e hijo.

Las funciones maternales de María al concebir a Cristo fueron naturales y normales y de ninguna forma milagrosas. El milagro de la concepción de Cristo fue la ausencia de un padre humano en cuyo lugar el poder de Dios fue la causa activa de su embarazo sin relaciones sexuales de ninguna clase. Esta obra milagrosa de Dios simultáneamente conservó su virginidad y la convirtió en madre. Por lo tanto, sus funciones maternales no fueron misteriosas, pero la acción divina en lugar de las funciones paternales, sin duda lo fue.

UN ACONTECIMIENTO MILAGROSO

Que María, permaneciendo virgen, haya concebido a Jesucristo por el poder de Dios, es sencillamente milagroso. “El hecho de que hoy en día se ponga en duda”, escribe Walter Farrell, O.P., “es parte de una impugnación generalizada a lo sobrenatural. Esta impugnación no se hace en nombre del progreso de la ciencia, aunque con este pretexto muchos lo rechazan hoy; más bien se hace en nombre de la decadencia de la Fe. No tiene nada que ver aquí una cuestión científica; porque lo que está en cuestión no es lo que una causa secundaria (una criatura) puede hacer en el orden físico, sino más bien lo que la causa primaria (Dios) puede hacer. Filosóficamente, la posibilidad de esta virginidad milagrosa no representa dificultad alguna. Si el padre natural obra por virtud de la causa primaria (Dios), como debe hacerlo todo, entonces con seguridad la causa primaria (Dios) puede producir el mismo efecto sin el padre natural...Dios puede hacer cualquier cosa que Él haya permitido hacer a sus criaturas”.

Los críticos de lo milagroso no pueden razonablemente negarle a Dios el poder que Él ha otorgado a sus criaturas, ni tampoco exigir que los actos de Dios imiten el modo de los actos de sus criaturas. La posibilidad de la concepción virginal de Cristo en María es sencilla; el hecho tiene que ser aceptado por la fe de aquellos que están dispuestos a creerle al ángel: “Nada será imposible para Dios”.

Pero aunque se acepte la concepción virginal de Cristo en María, siempre queda una interrogante: ¿Por qué fue necesaria?

El Hijo de Dios podría haber venido al mundo con naturaleza humana y habitar entre nosotros sin los preámbulos de la concepción, el nacimiento, la niñez y demás. Sin embargo, si así lo hubiera hecho, indiscutiblemente habrían surgido serias dudas sobre cuán real fue su naturaleza humana y, por ende, su muerte y resurrección. Para obviar esas dudas Él nació como nosotros nacemos.

Pero, ¿por qué fue necesario que María permaneciera virgen?

“Imaginémonos”, escribe Hugh Pope, “a la Santísima Virgen sólo como una madre cualquiera con varios hijos, uno de los cuales de momento proclama que Él es el Mesías. Es muy fácil imaginar el resentimiento de los otros. Supongamos ahora que Él afirma ser el Redentor del mundo. Sus hermanos cuestionarían con razón cómo Él, un simple hombre, necesitado también de redención, podría lograrlo. Tendría que explicar que él era Dios hecho hombre. Pero a esto ellos bien podrían replicar: ‘Tú naciste, porque tú eres hombre, aunque digas ser otra cosa’ y lógicamente podrían insistir que si nació, él, como todos los demás, cayó bajo el castigo impuesto a Adán y sus descendientes y, por consiguiente, necesitaba ser redimido también. ¿Qué otra respuesta podría dar él, salvo que su argumento era inobjetable, a menos que hubiese nacido de una virgen?”

Como único antecesor humano de Jesucristo, María lo trajo al mundo como miembro de una familia descendiente de David como había sido profetizado, como miembro de la nación judía y como miembro de la raza humana descendiente de Adán. Si todos nosotros somos hermanos (como realmente lo somos), al haber nacido de María, Jesucristo tiene todo el derecho de ser uno de nosotros. Pero al haber nacido de una virgen, Jesucristo no era de la casta de Adán. La ausencia de un padre humano significó que por su concepción ni siquiera estaba sujeto a heredar el pecado original y tampoco necesitaba ser protegido de esta herencia. Aquel que era el Salvador del pecado, no necesitaba, bajo ninguna circunstancia, ser salvado del pecado.

Pero una vez que se entiende el hecho de que María era verdaderamente la virgen madre de Dios, su lugar en el plan divino de la redención del hombre por medio de Jesucristo es evidente. Ella es algo más que un pequeño accesorio en la realización del plan divino, cuya utilidad se puede reconocer de momento y luego descartar y dejar de tomar en cuenta. Dios Todopoderoso no la honró convirtiéndola en la madre de la Segunda Persona de la Santísima Trinidad sin esperar que nosotros la honráramos también. No sin razón

ella fue incluida en el resumen más antiguo de los principios básicos de la fe cristiana al que llamamos el Credo de los Apóstoles: “Jesucristo... nacido de la Virgen María”.

María, entonces, es real y verdaderamente la madre de Dios. ¿Qué respeto humano puede ser demasiado grande para honrarla a ella, que está tan íntimamente relacionada con Dios mismo? Dios sólo podría conceder mayor dignidad a una mujer dándole un hijo más grande que el que le dio a María. ¡Eso es imposible!

He Aquí a Tu Madre

¿Piensas en María como una mujer cuyo nombre ha llegado hasta nosotros en la historia sólo porque ella tuvo la oportunidad de ser la madre de Jesucristo, el personaje histórico más grande de todos los tiempos? ¿Eso es todo lo que ella significa para nosotros en la actualidad? ¿O el papel de María como madre de Cristo tiene una relación práctica con nosotros?

Cuando estudiamos esta cuestión, no podemos darnos el lujo de perder de vista quién era Cristo – el Hijo de Dios hecho hombre; pero igualmente importante es por qué Él se hizo hombre – para cumplir la promesa de Dios de salvar a su pueblo de sus pecados. Se refiere a nosotros. Podríamos, por supuesto, considerar estas preguntas y sus respuestas por separado en nuestra mente; en realidad, sin embargo, son fases diferentes del único plan unificado de nuestra redención. Si María estaba asociada con Cristo para llevar a cabo nuestra redención con su muerte en la cruz, María tiene una relación importante contigo y conmigo en el mundo de hoy.

¿Es correcta y apropiada la creencia y práctica cristiana de reconocer que María era la madre de Jesús – una humilde y piadosa mujer judía – y nada más? El Nuevo Testamento registra su visita a Isabel, el nacimiento de Jesús en Belén, su papel en el milagro de Caná al cambiar el agua en vino, su presencia al pie de la cruz en la que Cristo murió, y con los apóstoles en el Cenáculo en Pentecostés. Pero, podría preguntarse, ¿qué tiene que ver todo esto con nuestra salvación? ¿No habló San Pablo de Jesucristo como el único mediador entre Dios y los hombres? ¿No afirmó Pedro que sólo existe un nombre por el cual somos salvados: Jesucristo? ¿No increpó Cristo mismo a María en varias ocasiones por intervenir en su obra cuando Él estaba en los asuntos de su Padre? ¿No debemos entonces relegar a María a último término, por miedo a que al honrarla a ella, estemos robando a Cristo el honor que le corresponde?

Es posible que estas preguntas reflejen la actitud de algunos de nuestros lectores y las mencionamos aquí para indicar que estamos conscientes de su punto de vista. De acuerdo con los católicos, este punto de vista está equivocado.

Esta actitud hacia María nunca ha sido la de los cristianos en toda la historia de la Iglesia Católica, desde sus principios hasta el presente. No está basada en las indicaciones que nos dan las Escrituras sobre cuál debe ser nuestra actitud hacia María, según ha sido explicado por la voz viva de la Iglesia desde los tiempos de los Apóstoles.

LA IGLESIA INTERPRETA LA BIBLIA

Los católicos obtienen su información sobre María, no de una Iglesia que nos enseña como si la Biblia no existiera, sino de la Iglesia que nos enseña el significado pleno de lo que la Biblia dice sobre María.

Al aceptar convertirse en la Madre de Dios, María se asoció libremente con el Hijo de Dios en la redención de toda la humanidad, y ésta incluye a todos los que leen estas palabras.

Jesús sería el Salvador de todos los pecadores – hombres y mujeres – el Mesías prometido, el Rey de la humanidad redimida. A María se le pidió, por lo tanto, participar en el cumplimiento del propósito del Hijo de Dios al hacerse hombre: la salvación de los pecadores, en la misión del Mesías y en la fundación del reino anunciado por el Ángel Gabriel.

En la visita del mensajero de Dios a María, se coordinó la obra redentora de Cristo y ésta concernía a toda la humanidad. No hay lugar para la idea de que María consintió ser la madre de Jesús tan sólo como persona, o de que ella no tenía relación alguna con Él como persona pública y como Redentor de la humanidad.

Por el solo hecho de que a María se le permitió cooperar voluntariamente con Dios cuando Él envió a su Hijo nacido de mujer, ella estuvo asociada en el cumplimiento del propósito por el cual Él

vino. Al consentir dar la carne humana al Hijo de Dios y traerlo al mundo, ¿no dio María, a su manera, el Redentor al mundo? Si Dios, nuestro Padre, nos dio a su único Hijo como nuestro Redentor, ¿no lo hizo por medio de María?

Pero, ¿acaso todo esto se encuentra sólo en un corto pasaje del primer capítulo del Evangelio de San Lucas y ni siquiera se menciona en ningún otro pasaje de la palabra escrita de Dios? ¡De ninguna manera! Comencemos con San Pablo. Además de referirse a Jesucristo como el Hijo de Dios nacido de mujer, él también lo llamó "el segundo Adán" (1 Corintios 15, 45-47) y hay un mundo de significado en ese título que concierne no sólo a Jesucristo, sino también a María.

Cuando San Pablo se refirió a Jesús como "el segundo Adán", expuso un aspecto totalmente nuevo del Salvador y su obra. Expresó lo que le había sido revelado sobre el plan de Dios respecto a la redención del mundo. De acuerdo con San Pablo, Cristo es el segundo Adán que devolvió a la humanidad lo que ésta había perdido por el primer Adán, el padre de la raza humana. "Pues del mismo modo que en Adán mueren todos, así también todos revivirán en Cristo" (1 Corintios 15, 22).

Puede decirse que la similitud entre Adán y Cristo tiene que ver con la relación que ambos tuvieron con la raza humana como su padre y su Redentor. El contraste entre ellos se encuentra en la conducta y los efectos de cada uno. La desobediencia del primero llevó a la pérdida de la amistad de Dios y la muerte para todos. La obediencia del segundo restableció esa amistad y la clase de vida espiritual que satisface a Dios.

EVA Y MARÍA

La comparación que hace San Pablo de Cristo con Adán, fundada en el recuento de la caída del hombre en el Génesis, exige necesariamente una comparación entre la mujer que se predice allí

como la antagonista de Satanás, quien daría a luz al Redentor prometido, y Eva, asociada con Adán en la caída.

Los comentarios católicos sobre las Escrituras, incluyendo los de autores que vivieron pocas generaciones después de Cristo y sus Apóstoles, han llamado la atención sobre la asombrosa semejanza entre el papel de una mujer – Eva – en la caída original y la pérdida de la amistad de Dios por medio de Adán, y el papel de una mujer – María – en el restablecimiento de esa amistad para todos por medio de Cristo.

San Justino, quien vivió más o menos del 110 al 165, escribe: "Porque Eva, cuando era todavía virgen e incorrupta, habiendo concebido con la palabra salida de la serpiente, dio a luz desobediencia y muerte; en cambio, la Virgen María concibió fe y alegría cuando el Ángel Gabriel le dio la buena noticia de que el Espíritu del Señor vendría sobre ella y el poder del Altísimo la cubriría con su sombra, por lo cual el santo nacido de ella sería hijo de Dios, a lo que ella contestó: Hágase en mí según tu palabra. Nació, pues, de Ella Aquel de quien hablan tanto las Escrituras…Por El, Dios arruina el imperio de la serpiente y de los que, sean ángeles o sean hombres, se han hecho como ella, y Dios libera de la muerte a los que se arrepienten y creen en El. (*Diálogo con Trifón*, 100).

El significado pleno y el alcance exacto de la semejanza que las Escrituras señalan entre la caída de nuestros primeros padres y la reparación de Jesucristo es especialmente importante si entendemos que el papel de María en la reparación fue diseñado por Dios para que fuera similar al papel de la primera mujer en la transgresión original.

Leyendo el Génesis 3 puede verse que Eva tuvo un lugar esencial en la caída de la humanidad. Es cierto que el destino de la raza humana estaba en manos de Adán (Romanos 5, 12). Sólo él nos representaba a nosotros y pudo prevenir o causar nuestra caída. Asimismo, Eva tuvo un lugar propio; porque Adán la llamó "la madre

de todos los vivientes” (Génesis 3, 20), un nombre que no sólo expresaba un hecho, sino también una dignidad. Así como ella tuvo su propia relación con toda la raza humana, también desempeñó su propio papel en su prueba y caída en Adán. “La mujer que, seducida, incurrió en la transgresión” (1Timoteo 2, 14). Ella escuchó al tentador y cooperó en el pecado, no como un agente irresponsable, sino íntima y personalmente. A su manera, ella trajo el pecado al mundo y le tocó su parte de castigo.

En este terrible suceso, estuvieron involucrados tres cómplices: el espíritu maligno en forma de serpiente, la primera mujer y el primer hombre. Y cuando fue anunciado el castigo para ellos, también fue anunciado un suceso que ocurriría en un futuro lejano, un suceso que las tres figuras (la serpiente, la mujer y el hombre) presagiarían: su semilla. Pero sería un segundo Adán y una segunda Eva y ella sería la madre del segundo Adán. Dios prometió poner enemistad entre la serpiente y la mujer, entre su semilla y la semilla de ella. Habría una victoria total para la mujer y su semilla sobre la serpiente. La semilla de la mujer es Jesucristo, el nuevo Adán; y María, su madre, la nueva Eva.

EL PUNTO DE VISTA DE LOS PRIMEROS CRISTIANOS

San Irineo, un estudioso cristiano, nacido más o menos en el A.D. 130 y quien había sido educado en la fe cristiana por un discípulo del Apóstol Juan, da testimonio de lo que era la creencia de los primeros cristianos sobre el papel de María en la redención, comparado con el papel de Eva en la caída.

Irineo estaba familiarizado con aquellos que habían estado cerca tanto de Pedro como de Pablo en cuyos oídos aún resonaban los sermones de los benditos Apóstoles”. Él testifica que la misma prédica de la verdad que la Iglesia recibió de los Apóstoles había llegado a él, y consecuentemente “una misma fe dadora de vida había sido preservada en la Iglesia y transmitida manteniendo su pureza e

integridad desde los Apóstoles hasta sus propios días (*Contra las herejías* 3, 3).

Pues de la misma manera que Eva, seducida por las palabras del diablo, se apartó de Dios, desobedeciendo su mandato, así María fue evangelizada por las palabras del Ángel, para llevar a Dios en su seno, gracias a la obediencia a su palabra. Y si aquélla se dejó seducir para desobedecer a Dios, ésta se dejó persuadir a obedecerle, con lo que la Virgen María se convirtió en abogada de la virgen Eva y, así como por una virgen la raza humana había sido condenada a la muerte, por una virgen es salvada, conservando el equilibrio: la desobediencia de una virgen por la obediencia de una virgen (*Contra las herejías*, 3, 19).

EL PAPEL DE EVA Y EL DE MARÍA

Hemos dicho que Eva tuvo un papel esencial en el pecado original. Es necesario examinar su participación con mayor detenimiento.

Fue únicamente culpa de Adán que el estado de pecado fuera heredado por toda la humanidad. Él, no Eva, era la cabeza de la familia humana. Si sólo Eva hubiera caído, su posteridad no se hubiese visto afectada. De haberse ella mantenido fiel, mientras sólo Adán pecaba, el estado de pecado hubiese descendido hasta todos los hombres y mujeres.

Según sucedieron las cosas, Adán fue incitado al pecado a instancias de Eva. Por su persuasión, ella fue la causa de este desafortunado incidente; y de esta forma, puede atribuírsele a ella. De modo que, mientras que es cierto que Adán es el autor de la ruina causada únicamente por su pecado, aun así, por la cooperación de ella, no hay duda de que todo puede atribuirse a su insinuación y provocación.

Ahora examinemos el papel de María en nuestra redención.

Jesucristo es el único autor de la redención, y su muerte redentora pagó por los pecados de toda la humanidad. Esta fue la causa entera,

totalmente suficiente y más que abundante de nuestra justificación a los ojos de Dios, nuestra santificación y salvación. Si Él hubiese venido al mundo sin ninguna asociación con un ser humano, nuestra redención se habría efectuado completamente. De no haberse ofrecido Él como sacrificio por nosotros, todo lo que María o cualquier otro pudiera hacer no habría sido adecuado para reconciliarnos con Dios.

Por lo tanto, el hecho de que María estuviera asociada con Él en la redención tal y como ocurrió, no añade nada al sacrificio de Él. Nosotros podemos convertirnos en amigos de Dios sólo por los méritos de Jesucristo. Esto es lo que la Iglesia Católica ha enseñado y creído siempre.

Pero María desempeñó un papel en nuestra redención y la Biblia nos proporciona los hechos. La primera Eva, por su participación en la caída, nos arruinó incitando deliberadamente a Adán al pecado. La segunda Eva, María, nos salvó por su participación en la redención, que fue al aceptar convertirse en la Madre del Hijo de Dios, quien vino a salvar a su pueblo de sus pecados.

Jesucristo fue nuestro único Redentor, el único Mediador entre el hombre y Dios, quien nos reconcilió con Dios. Sin embargo, María estaba asociada con el Mediador en el plan divino y desempeñó su papel – un papel esencial – al igual que Eva había participado en la caída.

EL CONSENTIMIENTO DE MARÍA

Pero, ¿por qué decir que el papel de María fue esencial? Lea el primer capítulo del Evangelio de San Lucas, y observará que el Ángel Gabriel no visitó a María simplemente para anunciar lo que iba a suceder; él le pidió su consentimiento. En los designios de Dios, por lo tanto, su consentimiento era necesario. ¿Por qué se le pidió si no era necesario?

¿Por qué se pidió su consentimiento? Entre otras razones, porque su consentimiento hizo la Reparación similar a la Caída. Por su orgullosa desobediencia, Adán había arruinado a toda la raza humana; de modo que Jesucristo, el segundo Adán, por su humilde obediencia, salvó a la humanidad. Así como Eva, mediante su instigación, había cooperado en la desobediencia de Adán, María, la segunda Eva, con su consentimiento, cooperó en la redención que Él obtuvo en la cruz. La primera mujer había impulsado la caída al escuchar la sugerencia del ángel rebelde, así que la segunda Eva consintió a la propuesta de nuestra redención hecha por el ángel fiel que había venido de Dios.

Dios, en su infinita bondad y amor, diseñó nuestra redención y la forma en la que ocurriría. Reconocemos que estamos totalmente en deuda con su amor. Pero también vemos que de acuerdo con el plan de su amor, el Hijo Eterno de Dios, Jesucristo, se hizo hombre y se sacrificó en la cruz por nosotros. Sin disminuir en forma alguna la gratitud que debemos a nuestro Padre celestial, reconocemos que estamos totalmente en deuda con Jesucristo, nuestro Salvador. También es evidente que el consentimiento de María fue pedido y obtenido para que el Hijo de Dios se hiciera hombre y nos salvara de nuestros pecados. Así, sin disminuir en forma alguna la gratitud que debemos a Jesucristo y a nuestro Padre Celestial, reconocemos que estamos en deuda con ella.

Nuestra gratitud a Dios, nuestro Padre, no disminuye sino más bien se intensifica con nuestra gratitud a su divino Hijo. De igual forma, nuestra gratitud a nuestro divino Señor no disminuye sino se intensifica con nuestra gratitud a María. Quienes más honran a María y demuestran la mayor gratitud a ella, también ofrecen la mayor honra, la más profunda gratitud y el más ferviente amor a Jesucristo, nuestro divino Redentor.

MARÍA, NUESTRA MADRE

¿Tiene María, por lo tanto, alguna relación con nosotros? Sí, seguro que la tiene; es la contestación de la Iglesia Católica. Y es la misma

hoy que en el siglo IV: “Eva fue llamada la madre de los vivientes...después de la caída se le dio este título a ella. Cierto es... toda la raza del hombre en la Tierra nació de Eva; pero en realidad es de María que la Vida nació verdaderamente al mundo. De modo que al dar a luz a Aquél que es Vida, María se convirtió en la madre de todos los vivientes”. (San Epifanio, *Contra Ochenta Herejías*, 78, 9).

Los cristianos han expresado la relación de María con nosotros dándole el título de “Nuestra Madre”. Esto, por supuesto, no denota maternidad en el sentido natural del término, sino una verdadera relación espiritual. Así como San Pablo, hablando a los Corintios, diría: “He sido yo quien, por el Evangelio, os engendré en Cristo Jesús” (1 Corintios 4, 15), María podría decirnos a todos: “En Cristo Jesús, por mi consentimiento a la redención de ustedes, yo os he engendrado”. Ella fue asociada con nuestra regeneración al darnos su Autor.

Cuando Jesucristo en el Calvario dijo a María: “Mujer, he ahí a tu hijo”, y a San Juan: “He ahí a tu madre”, Él proclamó esta verdad. Los cristianos han considerado siempre a San Juan como la personificación de los redimidos que mirarían a María como su “madre”. Este es el origen de la devoción a María.

Concebida sin Pecado

¿Fue María, la Madre de Jesús, libre del pecado? La Iglesia Católica contesta: "¡Sí, lo fue!" Esto podría sorprender a quienes han pensado que los católicos creen que María no fue redimida. ¿No creen los católicos que María fue concebida sin pecado, que ella era inmaculada? ¿No contradice esto las mismas palabras de María: "Mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador" (Lucas 1, 47)?

De acuerdo con la creencia católica, María, como cualquier otro niño nacido de la semilla de Adán, necesitaba ser redimida y fue redimida. Ella, como todos nosotros, podía obtener gracia, santidad y salvación sólo mediante los méritos de Jesucristo. Es tan cierto para ella como para nosotros que no hay salvación sino en Jesucristo y no hay otro nombre además de Él por el cual podamos salvarnos.

Como la nueva Eva asociada con su divino Hijo en la obra de la redención, ella necesitaba lo que la redención trajo a la humanidad entera: los méritos de Jesucristo. No existe contradicción en el hecho de que ella estaba asociada con la redención y que a la vez se benefició de ella.

Podemos ver algo parecido en la caída de nuestros primeros padres y éste es sólo otro rasgo del parecido entre la Caída y la Reparación.

El efecto del pecado de Adán fue privar no sólo a sí mismo y a su descendencia del estado de inocencia, sino a la misma Eva, a instancias de quien cometió su pecado. Ella, por supuesto, cometió una ofensa contra Dios, pero su pecado solamente la podía afectar a ella personalmente. Sólo Adán podía afectar a todos los demás de quien él era la cabeza. Así, Eva incitó a Adán al pecado y el pecado de él fue la causa de que ella perdiera el estado de inocencia junto con su descendencia que todavía no había nacido.

El efecto de la redención de Jesucristo no sólo fue la salvación de la humanidad sino también la salvación de María. Ella hizo posible la redención para nosotros al dar su consentimiento y disfrutó de sus beneficios como los demás seres humanos y hasta más plenamente que ninguno.

Veamos de otra forma este punto importante. Adán pudo ciertamente haberle dicho a Eva: “Fue tu consejo el que hizo que yo pecara”; y ella pudo haberle dicho a él con igual certeza: “Fue tu pecado el que hizo que yo perdiera el estado de inocencia en el que fui creada”. Y Jesús pudo haberle dicho a María: “Por tu consentimiento hiciste posible que yo redimiera al mundo”; y ella hubiera podido decirle a Él: “Yo necesitaba el sacrificio de tu pasión y muerte para mi redención”.

INMACULADA CONCEPCIÓN

En cuanto a la redención de la humanidad, la posición de María fue obviamente única y no debe sorprendernos que su redención personal por su divino Hijo fuera singular. Ella no fue salvada o redimida del pecado en el que hubiera caído, ni fue purificada del pecado con el que habría sido infectada; más bien ella fue preservada y librada de caer en pecado, la infección del pecado original se impidió en su caso en el primer instante de su existencia en el vientre de su madre. Ella fue concebida inmaculada por su madre, libre de pecado y dotada con la gracia de Cristo por razón de los méritos anticipados de su pasión y muerte.

El hecho de que María fuera preservada de la herencia del estado de pecado original es comúnmente llamado la Inmaculada Concepción. Esto no significa, como muchos piensan erróneamente, su concepción virginal de Cristo, y no tiene que ver con el hecho de que Cristo no tuviera padre humano sino que fuera concebido milagrosamente por María. Tampoco significa que María fuera concebida por su madre de forma milagrosa, sin relaciones maritales con su esposo. No, en lo que concierne a los padres de María, ella

fue concebida de la manera natural de reproducción humana. Siendo concebida de la manera natural, María habría sido concebida sin la gracia de Dios y hubiese heredado el estado de pérdida de inocencia, como todos los que descienden de Adán por generación humana natural. Pero Dios la salvó de esto por el papel que ella desempeñaría en su plan divino.

La fe de la Iglesia Católica en la Inmaculada Concepción es por lo tanto en palabras sencillas: La Santísima Virgen María, al preciso momento de su concepción, por privilegio singular de Dios Todopoderoso, a la luz de los méritos de Jesucristo, nuestro Salvador, fue preservada de toda mancha de pecado original.

La ausencia de cualquier mancha de pecado original en María es el elemento importante en su Inmaculada Concepción. Cada hijo de Adán normalmente es privado de la inocencia original de nuestros primeros padres con la que hubiésemos estado dotados al nacer si Adán hubiese permanecido fiel a Dios. Esta privación de la gracia y de la inocencia se llama de manera figurada "mancha", para denotar la ausencia del lustre de la gracia de Dios del que carece el alma humana cuando originalmente se une al cuerpo en el vientre de la madre. La ausencia de la gracia de Dios significa la ausencia de santidad y un estado que es desagradable a Dios. Este estado de pérdida es normalmente reparado por la regeneración espiritual efectuada por Cristo a través del sacramento del Bautismo. María, sin embargo, nunca tuvo esta mancha, sino que desde el primer momento en el que su cuerpo y alma e unieron, ella estaba en estado de inocencia y amistad divina.

LA VICTORIA PROMETIDA

Cuando Dios prometió la futura redención en presencia de Satanás y los pecadores Adán y Eva, encontramos un indicio del privilegio de María. "Pondré enemistad entre ti [la serpiente usada en forma figurada en vez de Satanás] y la mujer, y entre tu linaje [todos los pecadores seguidores de Satanás] y su linaje [Jesucristo quien

pisará la cabeza de la serpiente]" (Génesis 3, 15). Los cristianos han visto siempre en ese anuncio una promesa del futuro Redentor y su victoria sobre el pecado y el demonio. Porque Jesús es el linaje de la mujer en conflicto con el linaje de la serpiente.

Jesús, sin embargo, no es el linaje de la mujer que está opuesta a Satanás por alguna conexión remota que Él pudiera tener con Eva, en quien no encontramos la oposición prometida. Eva, al igual que Adán, había caído víctima de la serpiente. Sólo en María, asociada con su Hijo en oposición a la serpiente, se puede encontrar esa enemistad.

Igualmente, la mujer y su linaje disfrutarán de una victoria total sobre la serpiente, cuya cabeza será aplastada. La completa victoria sobre el demonio sólo puede significar completa victoria sobre el pecado y sus consecuencias. La victoria completa y absoluta del Hijo y su madre, quien está asociada con Él en la victoria prometida, no se hubiese realizado si María hubiese estado sujeta al pecado y al demonio en algún momento.

El pecado en María la habría opuesto a Dios, no a Satanás. Pero Dios prometió completa oposición entre la mujer y Satanás, y por su linaje, completa victoria sobre él. Y Dios cumplió esta promesa preservándola del pecado original.

El significado de esta promesa divina no pasó inadvertido para los primeros cristianos, como es evidente en sus escritos que se han conservado hasta la actualidad. Quienes piensan que los católicos de siglos recientes han añadido nuevas doctrinas a la enseñanza cristiana original en lo que concierne a la santidad de María en particular y a todos los privilegios que le atribuimos a ella en general, deberían leer lo que los cristianos de los primeros siglos enseñaban entonces.

REVERENCIA DE LOS PRIMEROS CRISTIANOS

Los pasajes pertinentes de sus obras han sido traducidos al inglés y recopilados en libros como *The Blessed Virgin in the Fathers of the First Six Centuries* [La Santísima Virgen según los Padres de los

Primeros Seis Siglos] por Thomas Livius, publicado por Burns & Oates. En el prefacio de este libro, este erudito expresa: En un esfuerzo por ser tan imparcial como fuera posible, he llegado a la absoluta convicción de que...los escritores de los primeros seis siglos tuvieron unánimemente a nuestra Santísima Virgen en la misma alta estima que los católicos de todas las épocas posteriores; y que todo lo que la Iglesia en cualquier época ha definido o sancionado en lo que respecta a sus privilegios y la honra debida a ella...ha de encontrarse sustancialmente y en principio u origen en los escritos (que yo recopilé)...Es más, parecerá por los pasajes que cito...que muchos de los Padres eran tan explícitos y profusos en sus elogios a la santa madre de Dios, que no dejaron para quienes vendrían después de ellos, más que repetir sus propias palabras, y hacerse eco de sus alabanzas.

¿Cómo se expresaban los primeros cristianos de la santidad de María? “Otros podrán ser santos”, dicen ellos, “pero María disfrutó de la plenitud de la santidad”. “Dios, quien creó a la primera virgen [Eva] sin pecado, creó a la segunda virgen [María] sin falta”. Al hablar de su santidad, ellos usaban adjetivos tales como santidad “intacta”, “limpia”, “pura”, “incorrupta”, “libre de culpa”. Ella no sólo es inmaculada, sino “totalmente inmaculada” – “totalmente sin pecado”, “enteramente inmune al pecado”, “no tocada por el pecado”. ¿Acaso la creencia de los católicos de hoy de que María fue preservada de toda mancha de pecado, incluso del pecado original, añade algo a las creencias que aparecen en toda la historia del pueblo cristiano?

Si se pregunta por qué esta exención de pecado al inicio de su vida es tan importante y por qué los cristianos siempre la han aclamado como inmaculada y sin mancha, la razón es que así ella era apta para convertirse en la madre del Redentor, digna de ser asociada con el Hijo de Dios en la más íntima relación. En María no había afrenta de pecado que se reflejara en su hijo. La carne que el Santísimo tomó de ella como su madre era la carne de una que nunca había sido – en sentido alguno – pecadora.

La ausencia de pecado en María significaba santidad, una santidad en la que ella constantemente creció. Cuando llegó el momento de que el ángel de Dios la visitara, él pudo saludarla como "llena de gracia" y "bendita entre las mujeres". Nunca antes un mensajero de Dios se dirigió a un ser humano con este lenguaje. Tiene que haber habido una razón.

RAZONES PARA LA SANTIDAD DE MARÍA

Hay dos puntos importantes que deberán tenerse en mente al buscar esa razón. El primero es que Dios no hace nada por casualidad o de repente. El Dios Eterno simplemente no actúa en esa forma. Lo que Él hace en el mundo lo ha planeado desde el principio de los tiempos. A Él no se le ocurrió mandar un ángel a un pequeño pueblo de Judea donde vivía una amable joven judía a quien Él había seleccionado para ser la madre del Mesías después de un rápido vistazo omnisciente sobre todas las otras y una rápida decisión de que ella sería la escogida. Ella estuvo en su mente desde el principio. Cuando vino al mundo, fue para ser la madre de Dios.

El segundo punto es que cuando Dios asigna una tarea a alguien, Él le proporciona lo necesario para hacerla bien. San Pablo, por ejemplo, dijo: "Dios nos capacitó para ser ministros de una nueva Alianza" (2 Corintios 3, 6). En otras palabras, por su gracia, Él nos ha capacitado para cumplir con aquello para lo cual nos ha llamado. Dios, entonces, quien escogió a María para ser la madre de Dios, le dio a ella la gracia, bendición y santidad que la hacían merecedora de tal dignidad. Ella era apta para ser la madre de Dios y recibir a Dios mismo en su seno.

La Asunción de María

En las primeras páginas del Libro del Génesis, vemos cómo el Hacedor advierte a Adán que no coma del árbol de la sabiduría del bien y el mal: “porque el día que comieres de él, morirás sin remedio” (Génesis 2, 17). Sólo conocería la muerte como la pena por violar el mandamiento divino. La obediencia significaría inmortalidad corporal.

Lo mismo aparece en muchos otros pasajes: “No fue Dios quien hizo la muerte, ni se recrea en la destrucción de los vivientes”... dice el Libro de la Sabiduría (1, 13). “Dios creó al hombre para la incorruptibilidad...mas por envidia del diablo entró la muerte en el mundo” (Sabodiría 2, 23-24). San Pablo dice lo mismo: “como por un solo hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte y así la muerte alcanzó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron” (Romanos 5, 12).

Y así vemos la pena impuesta a nuestros primeros padres “eres polvo y al polvo tornarás” (Génesis 3, 19). La muerte y la descomposición del cuerpo del hombre en el sepulcro es un castigo por el pecado que la humanidad hereda junto con el pecado mismo.

¿Cómo aplica todo esto a María? Si por su Inmaculada Concepción ella fue preservada de la herencia del pecado original y sus consecuencias, ¿no deberíamos esperar que “eres polvo y al polvo tornarás” no aplique a ella?

Que el cuerpo de María no se descompuso en el sepulcro sino que Dios lo unió con su alma al poco tiempo de su muerte, y que ella fue por lo tanto llevada a su recompensa eterna en los cielos, es la enseñanza de la Iglesia Católica que comúnmente llama la Asunción de María.

Pero, ¿por qué tuvo que morir María? Cuando su estancia en la tierra alcanzó el tiempo señalado, ¿por qué no fue transportada a su recompensa sin estar sujeta a la muerte? Para comprender la

contestación a esa pregunta debemos retroceder y considerar otro castigo que se aplicó a la raza humana debido al pecado de nuestros primeros padres, el sufrimiento. El dolor y los problemas de la vida son resultado de la caída (Génesis 3, 16-18). Originalmente no estaba determinado que la humanidad experimentara problemas físicos ni sufrimientos; éstos fueron introducidos al mundo por el pecado.

El sufrimiento y la muerte son las consecuencias del pecado del cual Jesucristo vino al mundo para redimirnos. Fue soportando el sufrimiento y la muerte como Él nos redimió. Al haber nacido de María, Él era miembro de la familia humana, pero no era del linaje de Adán, porque no tenía padre humano. Por lo tanto, no pudo heredar el pecado o contraer las penas de sufrimiento y muerte. Estas penas fueron asumidas libremente por Él con el propósito de ofrecer a Dios el acto supremo de amor con su sufrimiento y muerte en la cruz, con el cual nos redimió.

MARÍA SE SOMETE AL SUFRIMIENTO Y LA MUERTE

María habría heredado el pecado y las penas del pecado si Dios no la hubiese preservado de ellos. Como resultado, la de ella fue una condición similar a la de nuestros primeros padres antes de la caída. Los privilegios de exención del sufrimiento y liberación de la muerte pudieron haber sido de ella, pero ella tenía que estar asociada con el sufrimiento redentor en la redención que requería la muerte de Él. Ella se asoció libremente con Él y por lo tanto se sometió libremente al sufrimiento y la muerte, no como castigos por el pecado, sino como defectos naturales de la naturaleza humana. Ella renunció libremente a los privilegios de quien está libre del pecado original y se sometió al sufrimiento y la muerte, como digna asociada del Redentor.

Por eso, hubo una razón por la que María murió y hubo una razón por la que su cuerpo sin vida no permaneció en el sepulcro. María, como la segunda Eva, estaba asociada con Jesucristo, como el segundo Adán, en el triunfo completo que Él obtuvo sobre el pecado y sus consecuencias, en particular la muerte. Mediante su Inmaculada

Concepción, ella participó en la victoria de Él sobre el pecado; con su asunción a los cielos, ella participó en su victoria sobre la muerte.

No debemos olvidar el pasaje del Génesis que sienta las bases para la creencia de los católicos en lo referente al lugar de María en el plan divino de nuestra redención y sus privilegios: “Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu linaje y su linaje” (Génesis 3, 15). En otro lugar de este texto se ha señalado que la oposición a la que se hace referencia aquí es entre el Redentor con su madre por un lado, y Satanás con sus seguidores por otro. Es claro que la victoria sobre Satanás por el Redentor y su madre será total.

Ahora bien, ¿en qué consistió la victoria de Cristo? “El hijo de Dios se manifestó”, nos dice San Juan, “para deshacer las obras del Diablo (1 Juan 3, 8). Lo que vino a hacer, lo hizo. Esa es su victoria.

Pero, ¿cuáles son las “obras del diablo” qué vino a destruir Cristo? El pecado, primero que nada, pero también sus consecuencias, entre las cuales está la muerte.

TRIUNFO DEL NUEVO ADÁN

¿Cómo habla el Nuevo Testamento de la victoria de Cristo? Cuando encuentra por primera vez a Cristo, Juan el Bautista dice: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1, 29). Y la muerte, también será destruida: “Él [Dios Padre] ha sometido a todos sus enemigos bajo sus pies [de Jesucristo]…el último enemigo en ser destruido será la muerte” (1 Corintios 15, 25-26). “La muerte ha sido devorada en la victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? El aguijón de la muerte es el pecado…Pero gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por nuestro Señor Jesucristo” (1 Corintios 15, 54-57).

Todos están llamados a participar en el triunfo del nuevo Adán y todos participarán, aunque de diferentes formas. Por eso San Pablo le escribió a los romanos: “Y el Dios de la paz aplastará bien pronto a Satanás bajo nuestros pies” (Romanos 16, 20). Pero ¿cuál es el papel

de María en la victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte? No cabe duda de que ella desempeña un papel importante en la victoria de Cristo, porque ella aparece en la promesa del futuro Redentor asociada con él de manera especial, como enemiga del demonio, como la madre del que triunfa sobre el demonio.

Entonces, ni el pecado ni la muerte triunfarán sobre ella, de la misma forma que no pudieron triunfar sobre Cristo, su Hijo. Esto es cierto del pecado, incluso del pecado original, que nosotros mismos realmente no lo cometimos sino que heredamos al nacer. Ella fue preservada por el triunfo de su Inmaculada Concepción. Del mismo modo, su victoria sobre la muerte se cumplió con su asunción corporal a los cielos. Ella murió, es cierto, y su Hijo también murió. Pero no fue la muerte que San Pablo llama "el salario del pecado" y la obra del demonio, una muerte que es prolongada por la descomposición en el sepulcro hasta la resurrección final de todos. Esta es la muerte que es el castigo del pecado, castigo que no le fue impuesto a ella.

Sí, existe una razón por la que el cuerpo de María no permaneció en el sepulcro, y encontramos la razón en la palabra escrita de Dios cuando estudiamos cuidadosamente todas sus enseñanzas. Es una verdad revelada por Dios que la victoria de Cristo sobre Satanás incluía la victoria sobre el pecado y la muerte. Esto enseña explícitamente el Nuevo Testamento. De igual modo, hemos señalado que por la promesa del Redentor en el Génesis y el anuncio de su venida, así como por el consentimiento de María en el primer capítulo del Evangelio de Lucas, María estaba asociada con Él de manera especial en su victoria sobre Satanás. ¿Qué fue su victoria sobre la muerte, si no parte de su victoria sobre Satanás y el pecado? Unida a la de Él, la victoria de ella sobre la muerte, en su Asunción, es sin duda, por lo tanto, revelada por Dios.

LA ASUNCIÓN DE MARÍA

Todo esto ha sido expresado muy brevemente por el Papa Pío XII cuando proclamó solemnemente la Asunción de María: "Y, sobre todo,

hay que tener en cuenta que, ya desde el siglo segundo, los santos Padres presentan a la Virgen María como la nueva Eva asociada al nuevo Adán, íntimamente unida a él, aunque de modo subordinado, en la lucha contra el enemigo infernal, lucha que, como se anuncia en el protoevangelio, (Génesis 3, 15) había de desembocar en una victoria absoluta sobre el pecado y la muerte, dos realidades inseparables en los escritos del Apóstol de los gentiles (cf. Romanos, Capítulos 5 y 6). Por lo cual, así como la gloriosa resurrección de Cristo fue la parte esencial y el ú1timo trofeo de esta victoria, así también la participación que tuvo la santísima Virgen en esta lucha de su Hijo había de concluir con la glorificación de su cuerpo virginal".

Por lo tanto, con mucha razón, los católicos consideran la asunción de María a los cielos un hecho que no se puede negar sin impugnar la autoridad Dios mismo.

Fíjense bien que hablamos de la asunción de María como un hecho, un hecho revelado por Dios y por lo tanto, un hecho doctrinal, cuya certeza descansa en la autoridad de Dios. No es un mero hecho histórico que se defienda o se olvide según el peso de la evidencia histórica a favor o en contra.

No olvide nadie que fue Dios, y no un agente humano, la causa de que María fuera asunta al cielo. Hasta es posible que su asunción fuera llevada a cabo de manera que ningún ser humano pudiera ser testigo. Por eso, el hecho no descansa únicamente en la credibilidad de testigos humanos o su evidencia documental registrada. Descansa o recae en la autoridad de la Iglesia de Cristo facultada por Él para enseñar a todos los pueblos la verdad revelada con la seguridad de que la guiaría por siempre. Fue la Iglesia de Cristo la que nos aseguró que la asunción de María es un hecho revelado por Dios.

Nadie sabe con certeza dónde y cuándo tuvo lugar la Asunción. Las circunstancias son relativamente poco importantes. El hecho mismo de que fuera aceptada como revelación de Dios Todopoderoso

es evidencia de que se originó con los Apóstoles, porque sólo de ellos podría venir una verdad revelada públicamente.

Sin embargo, esto no significa que todos los Apóstoles fueran necesariamente testigos oculares del suceso, o que alguno de ellos lo fuera. Si ninguno de ellos fue testigo, ellos no habrían estado seguros a menos que, de alguna forma, Dios les hubiera dado la certeza. Aunque el sepulcro de María fue encontrado vacío poco después de su muerte, siempre hubiese existido la posibilidad de que su cuerpo hubiese sido trasladado a otro lugar. De modo que si ninguno de los Apóstoles fue testigo ocular, solo la intervención divina les habría podido dar la certeza con la que la Asunción fue predicada y aceptada.

Cuando Pío XII, el 1 de noviembre de 1950, proclamó solemnemente al mundo que "la Inmaculada Madre de Dios y siempre Virgen María, terminado el curso de su vida terrenal, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria del cielo", no predicaba ninguna enseñanza nueva ni una verdad que no se hubiese escuchado antes, sino que daba un nuevo énfasis a un hecho muy conocido, dando a toda la Iglesia la clara certeza de que lo que había creído sobre la Asunción de María era realmente una revelación de Dios.

Por qué el Papa en el 1950 hizo este extraordinario uso de su ministerio para llamar la atención del mundo sobre la Asunción de María? Él mismo dio la respuesta cuando dijo en sustancia: "esta proclamación y definición solemne de la Asunción será de gran provecho para la Humanidad entera, porque dará gloria a la Santísima Trinidad, a la que la Virgen Madre de Dios está ligada por vínculos singulares. Es de esperar, en efecto, que todos los cristianos sean estimulados a una mayor devoción hacia la Madre celestial y que el corazón de todos aquellos que se glorían del nombre cristiano se mueva a desear la unión con el Cuerpo Místico de Jesucristo y el aumento del propio amor hacia Aquella que tiene entrañas maternales para todos los miembros de aquel Cuerpo augusto. Es de esperar, además, que todos aquellos que mediten los gloriosos ejemplos de

María se persuadan cada vez más del valor de la vida humana, si está entregada totalmente a la ejecución de la voluntad del Padre Celeste y al bien de los prójimos; que, mientras el materialismo y la corrupción de las costumbres derivadas de él amenazan sumergir toda virtud y hacer estragos de vidas humanas, suscitando guerras, se ponga ante los ojos de todos de modo luminosísimo a qué excelso fin están destinados los cuerpos y las almas; que, en fin, la fe en la Asunción corporal de María al cielo haga más firme y más activa la fe en nuestra resurrección. esta proclamación y definición solemne de la Asunción será de gran provecho para la Humanidad entera, porque dará gloria a la Santísima Trinidad, a la que la Virgen Madre de Dios está ligada por vínculos singulares. Es de esperar, en efecto, que todos los cristianos sean estimulados a una mayor devoción hacia la Madre celestial y que el corazón de todos aquellos que se glorían del nombre cristiano se mueva a desear la unión con el Cuerpo Místico de Jesucristo y el aumento del propio amor hacia Aquella que tiene entrañas maternales para todos los miembros de aquel Cuerpo augusto. Es de esperar, además, que todos aquellos que mediten los gloriosos ejemplos de María se persuadan cada vez más del valor de la vida humana, si está entregada totalmente a la ejecución de la voluntad del Padre Celeste y al bien de los prójimos; que, mientras el materialismo y la corrupción de las costumbres derivadas de él amenazan sumergir toda virtud y hacer estragos de vidas humanas, suscitando guerras, se ponga ante los ojos de todos de modo luminosísimo a qué excelso fin están destinados los cuerpos y las almas; que, en fin, la fe en la Asunción corporal de María al cielo haga más firme y más activa la fe en nuestra resurrección.”

Maternidad espiritual de María

La Santísima Virgen, predestinada, junto con la Encarnación del Verbo, desde toda la eternidad, cual Madre de Dios, por designio de la Divina Providencia, fue en la tierra la esclarecida Madre del Divino Redentor, y en forma singular la generosa colaboradora entre todas las criaturas y la humilde esclava del Señor. Concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo en el templo al Padre, padeciendo con su Hijo mientras El moría en la Cruz, cooperó en forma del todo singular, por la obediencia, la fe, la esperanza y la encendida caridad en la restauración de la vida sobrenatural de las almas. Por tal motivo es nuestra Madre en el orden de la gracia.

Constitución Dogmática sobre la Iglesia (*Lumen Gentium*), 61
Concilio Vaticano II

«La fe trata de comprender» es inherente a la fe que el creyente desee conocer mejor a aquel en quien ha puesto su fe, y comprender mejor lo que le ha sido revelado; un conocimiento más penetrante suscitará a su vez una fe mayor, cada vez más encendida de amor. La gracia de la fe abre «los ojos del corazón» para una inteligencia viva de los contenidos de la Revelación.

– Catecismo de la Iglesia Católica, 158.

Acerca del Servicio de Información Católica
Los Caballeros de Colón, desde su fundación, han participado en la evangelización. En 1948, los Caballeros iniciaron el Servicio de Información Católica (SIC) para ofrecer publicaciones católicas a bajo costo al público en general, lo mismo que a las parroquias, escuelas, casas de retiro, instalaciones militares, dependencias penales, legislaturas, a la comunidad médica, o a personas particulares que las soliciten. Por más de 75 años, el SIC ha impreso y distribuido millones de folletos y miles de personas han tomado nuestros cursos de catequesis.

El SIC ofrece los siguientes servicios para ayudarle a conocer mejor a Dios:

Folletos Individuales
Contacte al SIC para obtener una lista completa de todos los folletos y para ordenar los que quiera. Visite el sitio www.kofc.org/shopcis.

Curso para Estudiar en Casa
El SIC ofrece un curso gratuito para estudiar en casa por correo. En diez rigurosas lecciones obtendrá una visión general de la enseñaza católica.

Cursos en Línea
El SIC ofrece dos cursos gratuitos en línea. Para inscribirse visite el sitio www.kofc.org/ciscourses.

SERVICIO DE INFORMACIÓN CATÓLICA®

Verdadera información católica y no simples opiniones.

El objeto esencial y primordial de la catequesis es … «el Misterio de Cristo» … [Catequizar] trata por lo tanto de descubrir en la Persona de Cristo el designio eterno de Dios que se realiza en Él. Se trata de procurar comprender el significado de los gestos y de las palabras de Cristo, los signos realizados por Él mismo, pues ellos encierran y manifiestan a la vez su Misterio. ***En este sentido, el fin definitivo de la catequesis es poner a uno no sólo en contacto sino en comunión, en intimidad con Jesucristo: sólo Él puede conducirnos al amor del Padre en el Espíritu y hacernos partícipes de la vida de la Santísima Trinidad.***

Papa san Juan Pablo II, *Catechesi Tradendae,* 5
Exhortación Apostólica Sobre La Catequesis En Nuestro Tiempo

Acerca de los Caballeros de Colón
Los Caballeros de Colón, una sociedad de beneficios fraternales fundada en 1882 en New Haven, Connecticut por el Beato Michael McGivney, es la organización más grande de laicos católicos, con más de 2 millones de miembros en América, Europa y Asia. Basados en los principios fundacionales de caridad, unidad y fraternidad, los Caballeros de Colón están comprometidos a fortalecer las familias y las parroquias católicas, y ponen su fe en acción a través del servicio a todos los necesitados. Para buscar más acerca de los Caballeros de Colón visita el sitio www.kofc.org.

Si tiene preguntas especificas o desea obtener un conocimiento más amplio y profundo de la fe católica, el SIC le puede ayudar. Póngase en contacto con nosotros en:

Caballeros de Colón, Servicio de Información Católica
PO Box 1971 New Haven, CT 06521-1971
Teléfono 203-752-4267 • Fax 800-735-4605
cis@kofc.org • www.kofc.org/sic



Caballeros de Colón®

Proclamando la Fe
En el Tercer Milenio

324-S 6/23